

# HOMILÍA EN LA BENDICIÓN ABACIAL DEL P. JORGE MORÁN<sup>1</sup>

*Martín De Elizalde, OSB<sup>2</sup>*

Excelencia Reverendísima,  
Padres abades, Madres abadesas,  
Representantes de los monasterios hermanos benedictinos y trapenses,  
Queridos hermanos de la comunidad monástica de Luján,  
Querido Padre Jorge:

La liturgia de esta solemnidad de la Santa Cruz nos habla del paradójal triunfo de la vida sobre la muerte, por este leño, signo de ignominia, pero convertido en exaltado emblema de la victoria del Hijo de Dios. La presencia de la cruz en la liturgia, en los gestos sacramentales, en la oración, así como en nuestros ambientes, nos lo recuerda, y, signo eficaz de redención, nos invita a la identificación serena y generosa con Aquel que dio su vida por nosotros. Las palabras del mismo Salvador –tomar la cruz, y seguirlo–, los testimonios de los mártires, la enseñanza de los Padres y doctores de la Iglesia y de los santos y maestros espirituales de todos los tiempos, los ejemplos aún entre nosotros de tantos cristianos abnegados –que no deben estar nunca lejos de la memoria ni ausentes en nuestras oraciones–, nos convocan. Los que escuchamos esas voces, que son una única y soberana voz, *vox Christi*, y las recibimos, aceptamos por su gracia convertirnos en portadores de esa misma cruz para seguirlo a Él. Llamada dirigida a todo cristiano, pero que especialmente conviene a quienes “*nada anteponen al amor de Cristo*”, auténtico resumen de un programa de vida, lema y definición de un propósito asumido, desde la búsqueda incipiente pero

---

1 Homilía pronunciada en la Bendición Abacial del P. Jorge Morán, osb, Vº abad de San Benito de Luján, el 14 de septiembre de 2019.

2 Obispo emérito de Santo Domingo de Nueve de Julio.

comprometida –“*si revera Deum quaerit*”<sup>3</sup>–, que debe ser fortalecida y probada ya en los inicios, para encaminarse con una perseverancia esforzada pero gozosa, “*hasta la muerte en el monasterio*”.

Podemos decir que entre tantas pautas que nos ofrece la *Regla* benedictina, estas tres indicaciones resumen el significado de la cruz en la vida cristiana, y más aún en la *conversatio monastica*. Ellas son particularmente apropiadas a la misión del abad, que debe recordarlas constantemente y velar por su aplicación fiel y gozosa. Es muy oportuno recordarlo hoy en la ocasión que nos congrega, la bendición abacial del V abad de San Benito, el Padre Jorge. Ellas son, en efecto, el resultado de un propósito conjunto: el monje, la comunidad que lo recibe y el abad; este, como Padre y Maestro de quienes desean seguir a Cristo, y han escuchado, con oídos abiertos y un corazón dispuesto, la invitación del Padre piadoso.

“*No anteponer nada al amor de Cristo*” (RB 4, 21), “*Nada absolutamente antepondrán a Cristo*” (RB 72, 11).

La repetición de este precepto nos dice mucho acerca de la importancia que le da san Benito. Y se podría hacer una lectura de la entera *Regla* teniendo como clave de interpretación esta opción fundamental, definitiva, totalizante. No se trata solo de obras, de proyectos; es una visión contemplativa, desde la fe, que nos instruye y forma; de la esperanza, que nos anima a mirar hacia la futura bienaventuranza; de la caridad, que ama a Dios y ofrece con amor por los hermanos el fruto espiritual adquirido en esta *escuela del servicio de Señor*. Es misión del abad educar para esto y sostener hasta el fin la generosidad de los hermanos, de modo que “*los fuertes deseen más y los débiles no se desanimen*” (RB 64, 19).

“*Si verdaderamente busca a Dios*” (RB 58, 7).

La condición para someterse al yugo de la *Regla* y dedicar la vida al servicio divino, es la decisión de buscar con autenticidad la voluntad de Dios. Las palabras del Prólogo definen la actitud de escucha, la atención humilde, la prontitud de la respuesta. No es solo gusto o un atractivo humano. No basta

---

3 RB 58,7: “Si verdaderamente busca a Dios”.

el deseo o el entusiasmo, hay que probarlo con la perseverancia, para que esa intención inicial –la búsqueda– perdure, y sea el ejercicio de toda la vida, el hábito de la generosidad y el servicio. Sería un error pensar que san Benito se refiere aquí solamente al fervor inicial, a la prueba que ayude a discernir el ingreso a la vida monástica. Es parte de la misión del abad mantener vivo en la comunidad ese espíritu de búsqueda, que es, siempre, salida de uno mismo, exilio de los territorios conocidos, descubrimiento y apertura hacia nuevas generosidades, alcanzando otras metas. Buscar a Dios con ahínco, es la tarea de toda una vida. Por ello, el abad debe observar, junto con sus hermanos, pero con la conciencia clara de su responsabilidad de padre y maestro, *“esta regla en todos sus puntos, para que después de haber llevado bien su administración, pueda escuchar del Señor lo mismo que el siervo fiel...”* (RB 64, 20-21), y recordando siempre que *“más le conviene servir que presidir”* (RB 64, 8). *“Y así, al mismo tiempo que teme sin cesar el futuro examen del pastor sobre las ovejas a él confiadas y se preocupa de la cuenta ajena, se cuidará también de la suya propia; y mientras con sus exhortaciones da ocasión a los otros para enmendarse, él mismo va corrigiéndose de sus propios defectos”* (RB 2, 39-40).

Misión particularmente delicada, en una época de tantos cambios y de extremismos lacerantes, para la cual el mensaje del Evangelio resulta tan difícil, y, por consiguiente, se vuelve también difícil la enseñanza de una tradición fundada en la Palabra de Dios.

*“Si no nos desviamos jamás del magisterio divino y perseveramos en su doctrina y en el monasterio hasta la muerte, participaremos con nuestra paciencia en los sufrimientos de Cristo, para que podamos compartir con él también su reino”* (RB, Pról. 50). Esta referencia con esperanza da sentido a la existencia del monje. Es el abad quien debe animar con su palabra y su ejemplo, con discreción y sabiduría.

Esta cara luminosa de la cruz, que tiene una característica diferente para cada edad espiritual, para cada momento del camino monástico, para los caracteres y las condiciones de cada uno de los hermanos, tiene que ser recordada siempre por el abad, porque el seguimiento de Cristo se realiza desde estados y condiciones diversas, con fuerzas y capacidades que varían, y es preciso que no se desanime uno, ni se deje vencer por la rutina o la indiferencia. La misma *Regla* propone la renovación cuaresmal cada año (cfr. RB 49), así como

el reencuentro siete veces cada día en el Oficio divino (cfr. RB, 16, 1), “*canten salmos sabiamente... En presencia de los ángeles te alabaré*” (RB, 19, 4-5). La eternidad no está solo al fin del camino de esta vida, sino que irrumpe en el transcurso de nuestra peregrinación, con las metas que nos son propuestas y con el clima que se genera por la disciplina espiritual y la presencia divina.

Unidos en la presencia de Dios, pedimos en esta solemne celebración, con el rito de la Iglesia, la gracia que requiere el ejercicio del ministerio abacial que ha recaído en nuestro hermano Jorge, para hacer en el monasterio las veces de Cristo, recordando “*el nombre con que le llaman, sin olvidar que a quien mayor responsabilidad se le confía, más se le exige. Sepa también cuán difícil y ardua es la tarea que emprende, pues se trata de almas a quienes debe dirigir y son muy diversos los temperamentos a los que debe servir*” (RB, 2, 30-31).

Este monasterio, que tiene ya una vida de más de cien años, y ha sido para la Iglesia en la Argentina una importante referencia en la evangelización, atendiendo a la inteligencia de la fe y a la formación litúrgica y catequística, al acompañamiento de los sacerdotes y las religiosas, a la extensión de la vida monástica, a la promoción del laicado, espera mucho de la dedicación y la prudencia del abad, para poder, con la colaboración de los monjes, seguir respondiendo a las necesidades de hoy, como lo hizo antes. La intercesión de la Santísima Virgen y los ruegos de Nuestro Padre San Benito así lo obtengan.

*Mardeliz1940@gmail.com*